

SERMON MORAL

SOBRE

LA CARIDAD FRATERNA.

(PARA EL MANDATO DE JUÉVES SANTO.)

Translato sacerdotio, necesse est ut et legis translatio fiat.

(HEB., cap. vii, vers. 12.)

Corrompido todo el linaje humano con los errores de la idolatría, apenas se encontraban algunas familias que adorasen al Dios verdadero, cuando Dios sacó á Abraham del país de los caldeos. Los designios que el cielo tuvo en la vocacion de este Patriarca son manifiestos á quien lea con atencion la historia santa. Quería Dios formar un pueblo escogido que le reconociese por Criador de cielos y tierra, y le ofreciese los sacrificios y el incienso que los otros pueblos presentaban ante aras sacrílegas y profanas; le dió sus leyes, le prescribió sus ritos, ungió sacerdotes que por sucesion hereditaria presentasen al Sér increado las oblaciones y votos de los hombres, y en esta observancia debian continuar hasta que apareciese un sacerdote eterno, no segun el órden de Aaron, sino segun el de Melquisedech. Era, pues, el sacerdocio levítico, como argumenta el Apóstol (*Hæb., per tot.*), un sacerdocio temporal, figura del otro que existia desde que el Padre Eterno dirigiera á su Hijo estas palabras: «Tú eres sacerdote eterno segun el órden de Melquisedech» (Psal. v); era un sacerdocio incapaz de santificar para siempre á los que se llegaban á él; sacerdocio que sería anulado con la institucion de otro más solemne,

más augusto y más divino, en el cual no habria sino un sacerdote y una víctima, siendo el sacrificador y el sacrificado, el cordero que desde el principio del mundo se ofrecia en holocausto por la redencion humana. En él concluia el oficio de Aaron, y por consiguiente finaban sus ritos, se acababan sus ceremonias, y trasladado el sacerdocio, era necesario que fuese trasladada y mudada la ley. *Translato sacerdotio, necesse est ut legis translatio fiat.*

Cual era la naturaleza del nuevo sacerdocio, tal habia de ser la de la ley; era éste un sacerdocio de amor, pues el amor fué el móvil que presidió á todas las obras del Redentor; el amor le hizo bajar del cielo; el amor le hizo pasar treinta y tres años sufriendo privaciones y trabajos, persecuciones y afrentas; el amor lo condujo al Calvario, y el amor, por fin, le encerró en el Sacramento del altar para estar para siempre con los hombres y sacrificarse eternamente por ellos, y este amor, que fué grande toda la vida de Jesus, fué, como afirma San Juan, extraordinario y excesivo en su fin. (Joan., XIII, v. 1.) Ésta, pues, sería la naturaleza de la nueva ley, ley cuya promulgacion no se haria ostentando el legislador su majestad y grandeza con truenos y resplandores, sino con las demostraciones más patéticas de humildad; ley que no se cincelaria en tablas de piedra, sino en el corazon humano; ley de caridad, ley de amor, ley de fraternidad, porque, como habia vaticinado Jeremías (XXXI, 31), «se habian cumplido los dias en los cuales Dios haria un pacto con los hombres,» no como el que hizo con los judíos al sacarlos de Egipto, pacto que anularon por sus iniquidades, sino que sería alianza de amor, no de servidumbre, porque la ley antigua era ley dada á siervos, pero la nueva sería ley dada á hijos.

Ved, amados míos, lo que hace hoy Jesus al postrarse ante sus discípulos para lavarles los piés; ántes

de instituir el sacerdocio solemne del Evangelio, da un testimonio público y auténtico de que queda abolida la ley dada á los esclavos, y empieza la ley de los hijos, y nos manifiesta que la plenitud de la ley consiste, como afirma el Apóstol, en la caridad: *Plenitudo legis charitas.* Ved cuál será el objeto de mi discurso: Jesus, postrado á los piés de los Apóstoles, nos atestigua con su ejemplo que la esencia de su Religion consiste en amarnos unos á otros.

Postrémonos á los piés de aquel sagrado Tabernáculo en que nuestro Dios amoroso encubre su naturaleza divina y el cuerpo que fué sacrificado por nosotros, y para alcanzar los auxilios oportunos, saludemos á la Cruz, que fué el ara de esta víctima. *O Cruz, ave, etc.*

En efecto, amados míos; pocos momentos despues de haber instituido Jesucristo el sacrificio augusto de su cuerpo y sangre y de haber ordenado los sacerdotes de la nueva ley, empieza este Legislador á promulgar los preceptos de amor: *Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut di lexi vos.* «Os doy, les dice, un mandamiento nuevo, y es que os ameís los unos á los otros, como yo os he amado.» (Joan., cap. XIII, vers. 34, 35). No era nuevo en la sustancia este precepto, pues todos los mandamientos de la primera y segunda tabla dados á Moisés en el Sinaí, se reducen á amar á Dios sobre todas las cosas como á la Bondad suma, y al prójimo como á sí mismo; no es nuevo en sí este mandamiento, pues ántes de la última Pascua que Jesus celebró respondió al jóven que le pedia instrucciones de salud eterna, que mirase lo que estaba escrito en la ley, y lo observase; el amor fraternal era el fundamento y el fin de toda la legislacion de Moisés, como el mismo Jesus lo demostró á los

fariseos con estas palabras: «El primer mandamiento es: amarás á tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas; el segundo, amarás á tu prójimo como á tí mismo;» y este mandamiento es semejante en todo al primero, porque están tan íntimamente unidos, que no es posible amar á Dios sin amar al prójimo; y así es que el mismo Salvador dice que éstos son los dos quicios donde estriban toda la ley y todos los Profetas. Pero es nuevo, porque la Majestad infinita, enamorada de la bajeza humana, se postra á sus piés; es nuevo, porque desde el principio del mundo hasta aquel momento no se habia visto un amor tan excesivo; es nuevo, porque Jesus nos enseña con su ejemplo que no sólo hemos de amar á nuestros hermanos, sino á nuestros enemigos los más encarnizados, y nos dice que nuestro amor ha de ser tan grande y desinteresado, que no dudemos derramar nuestra sangre y dar la vida por aquellos mismos que maquinan nuestra muerte; y por eso dice que nos amemos unos á otros, del mismo modo que Él nos amó: *Sicut dilexi vos*, etc.

La malignidad humana hubiera podido dudar de que el amor de Jesus llegaba á este extremo; pues es tan atrevida, que se ingiere á examinar aún las cosas que se esconden á su débil vista. Tres años hacía que Jesus era la persona mas notoria en la Judea, cuya doctrina y milagros llamaban la atención del público, y cuya vida y acciones manifestaban una virtud divina; muchas veces fué buscado por sus émulos para ser precipitado y muerto; otras tantas lo quisieron apedrear, y siempre se les escapó de entre las manos; había reprendido públicamente la hipocresía, la avaricia y otros vicios que ocultaban los fariseos, y esto le granjeó un ódio mortal; veía esto el pueblo, mas no podía ver el corazón de Jesus; lo vió perseguido, y cuantas veces se evadió de las manos de los judíos perversos, pudo creer que el escapárseles Jesus

era más un efecto de su gran sabiduría que de la divinidad con la cual se hacía invisible á sus enemigos. ¿Puede acaso pensar el vulgo que Jesus tenía algun ódio oculto á sus enemigos? Así pudo suceder; pero para quitar toda sospecha, no espera este amantísimo Jesus á ser puesto en la cruz y pedir á su Padre perdon y gracia para los que le crucificaban, pues ántes de entregarse en las manos de los príncipes y letrados del pueblo, manifiesta públicamente, no sólo que no los ódia, sino que los ama hasta el exceso de dar su vida por ellos. Entremos en el Cenáculo donde Jesus va á instituir el sacerdocio de amor; examinemos sus operaciones, y éstas nos atestiguarán esta verdad.

¿Quiénes son los que rodean á Jesus en su última cena? Sólo sus discípulos; entre éstos hay uno cuya pureza y candor atraen con especialidad el amor de su Maestro; Juan, el amado Juan, que entre los doce será el único que no se separará de su Maestro en los momentos de mayor aflicción; otro se encuentra, hombre rudo é ignorante, pero de una fé tan viva y de una intrepidez tan heroica, que ha de empuñar la espada para atacar con denuesto singular á los soldados que se atreven á tocar á su Maestro; sin embargo, este mismo discípulo lo ha de negar tres veces, y despues de haber dado pruebas de heroico en el teatro de la prision, será tan cobarde como sus condiscípulos, y lo ha de abandonar; pero se halla sentado á la mesa con Jesus un mónstruo de iniquidad, uno en quien Jesus ha puesto su confianza, haciéndole su tesorero, y éste ha maquinado en su corazón la traición más horrenda que pueda caber en un hombre. Nada de esto se oculta á Jesus; en la misma cena ha dicho á todos sus discípulos que estando cogido el pastor, se dispersarian las ovejas, y que en aquella misma noche todos se escandalizarian en Él: *Omnes vos scandalum patiemini in me in nocte ista*; en la misma cena ha asegurado á Pedro que

antes del canto del gallo lo ha de negar tres veces; en la misma cena se ha turbado su espíritu, y ha manifestado á su colegio que uno de ellos lo habia vendido, y lo iba á entregar á sus enemigos: *amen amen dico vobis, quia unus ex vobis tradet me.* Se ve, pues, rodeado Jesus de amigos ingratos, de discípulos infieles, y de un enemigo cruel y encarnizado. Con todo, ¿qué hace Jesus? Se levanta de la mesa, se quita sus vestiduras, se ciñe una toalla, echa agua en una palangana, y postrado á los piés de sus discípulos, empieza á lavárselos.

Pasmaos ¡oh cielos! pues el Dios que habita en vosotros ha dejado su sòlio de grandeza y majestad por arrojarse á los piés viles y sucios de unos hombres ingratos y enemigos suyos. Pasmaos ¡oh ángeles santos! Bien sabíais que vuestro Rey inmortal se habia revestido de carne pasible para redimir al hombre; pero jamás podíais imaginar que su amor llegase al exceso de echarse á los piés de los hombres infieles para lavárselos, y que estrechase en su pecho, regase con sus lágrimas y aplicase á sus lábios los piés de aquel hombre que poco despues se serviria de ellos para consumir su traicion, para hollar y conculcar á su mismo Maestro. Con razon Jesus dice á sus discípulos que les impone un mandamiento nuevo; porque aunque el lavarles los piés á todos sea un acto heróico de humildad y amor el más extraordinario, pero el lavárselos al traidor, excede los límites á donde pudiera llegar el entendimiento humano y angélico; porque Jesus no ignoraba que Pedro lo habia de negar, y que sus condiscípulos lo abandonarían con cobardía y timidez; mas tambien sabía que aquel mismo Pedro lloraria su pecado, y despues de convertir medio mundo con su predicacion, sería la piedra principal del edificio de su Iglesia, cuya doctrina confirmaria y sellaria con su sangre. Sabía que todos sus discípulos, ahora infieles, ahora tímidos, ahora cobardes, serian los doctores de la

fé, las columnas de la verdad y los propagadores del Evangelio, en cuya defensa darian su vida. Todo esto lo conocia Jesus, y en vista de ello, yo no me admiro, amados míos, que Jesus les lave los piés; no me extraña que los piés evangelizadores de la paz, y que son tan hermosos como afirma Isaías, sean estrechados entre el suave regazo del Autor de todo bien; no me extraño que aquel Dios que se da todo entero en el cielo en premio de los trabajos sufridos por su amor, se entregue de este modo á sus amigos en la tierra; pero ¡que los lave á Judas! ¡que se postre ante el discípulo aleve! esto excede nuestras ideas, porque Jesus sabía que lo habia vendido por treinta dineros, que muy pronto iba á consumir su traicion, y que despues, con la misma mano infame que lo entregaba, se daría la muerte, no habiendo otra en el mundo que pudiese merecer ejecutar esta justicia. Sí: Judas era el enemigo más cruel del Salvador; desde el primer pecador hasta el último, nadie ha manchado tan vilmente sus manos en Jesus, porque Judas abre el camino á todos los tormentos: él escarnece á su Maestro con todos los fariseos; él lo azota con todos los verdugos; él lo clava con todos los sayones; él lo desprecia más que todos los judíos, porque éstos estimarán en más á un facineroso, pero es un hombre que, aunque criminal, tiene alma racional; mas Judas la aprecia ménos que una materia vil, inanimada y despreciable, como son treinta monedas. Con todo, Jesus se humilla á sus piés, se los lava, los abraza, los besa y los riega con sus lágrimas, y con esto manifiesta al mundo que el amor fraternal no admite distincion de amigo ó enemigo, de bueno ó malo; con esto enseña que así como se arroja á los piés del traidor, así lo haría á los piés de un sacerdote impío como Caifás, de un hombre atrevido como el que le dió la bofetada, de un juez injusto como Pilatos, y de unos hombres inhumanos como los que le crucificaron; porque éstos, como todos